

RICARDO CAYÓN

BARCO ENCONTRADO EN UNA BOTELLA

Le conocí hace muchos años en los muelles de la ría de Bilbao, en un tiempo en el que en éstos atracaban muchos barcos. Le apodaban El Marlín (su nombre de pila, en realidad, nunca lo supe) quizá porque era delgado y larguirucho y tenía un rostro afilado en el que destacaban unos ojos grises y penetrantes que tenían una forma de mirar inquisitiva. Cuando nadaba lo hacía con tal rapidez y elegancia en el agua, que prácticamente se deslizaba, recordando vagamente a ese pez. Sabía que más de una vez había ganado apuestas cruzando el estuario por su parte más ancha, pues era público y notorio que como nadador no tenía rival. En una ocasión, no sé si calificarlo en el colmo de su temeridad o de su valor, apostó que era capaz de pasar por debajo de la quilla de un barco, mientras éste navegaba, y por increíble que pareciese, ganó la apuesta; aunque, todo hay que decirlo, estuvo a punto de perder la vida en el intento.

A primera vista llamaba poderosamente la atención su aspecto un tanto desaliñado y bastante negligente. Puede que en eso influyese, como más tarde supe, el no tener familia ni parientes cercanos que se ocupasen de él. Quien le viera una vez le veía siempre igual. Vestía un gastado bombacho caído de cintura, que él no se preocupaba de subirse, y una camisa de felpa abierta, dejando al descubierto el vello negro de su pecho y una barba crecida de varios días que le tiznaba la cara, la cual el barbero le afeitaba todos los sábados, cuando iba a hacerse el acostumbrado arreglo semanal. Le gustaba frecuentar las tabernas más que las mujeres, y eso le convertía en una especie de tipo marginal que despertaba pocas simpatías.

Una mañana, muy temprano, estaba esperando indolente a que alguien me contratara, sentado en uno de los bolardos, con los pies colgando fuera del malecón. Si tenía suerte y trabajaba toda la jornada, no tendría que preocuparme en un par de días, en caso de que no saliese nada. A mi lado, toscamente envueltas en papel de embalar, tenía la piqueta, el martillo y la rasqueta. No podía permitirme el lujo trabajar con herramienta que no fuera mía, so pena de arriesgarme a que me descontaran una parte de lo que ganaba en concepto de desgaste si ésta era del contratista.

Estaba observando la gruesa amarra tendida que unos metros más allá aseguraba un barcarrón feo y mal aparejado, cuando en el silencio de la madrugada, escuché a mi espalda el ruido de unas pisadas provenientes de la polvorienta planchada. Me volví haciendo un esfuerzo con la cabeza y apenas pude distinguir la silueta imprecisa de alguien que se acercaba. En ese momento, sentí que me invadía una repentina inquietud, vaga al principio, pero que posteriormente fue en aumento. Resultaba difícil de explicar cuando había oído tantas historias sobre asesinatos en los puertos, contadas por marinos que generalmente solían estar de paso. Por si acaso y como medida de precaución, palpé instintivamente la herramienta Sólo si me veía obligado, echaría mano de ella para defenderme. Esperé durante unos instantes tenso y angustiado, hasta que las intenciones del misterioso sujeto estuviesen claras, descartando que pudiera haber sido la ardentía la causante de un ofuscamiento momentáneo.

Mis temores resultaron infundados cuando me di cuenta de que era él. Venía silbando con los andares recancanillados que adoptaba cuando estaba contento y tenía

ganas de chanza y fiesta. Por mi parte no pude reprimir una carcajada. Él se quedó mirándome fijamente, sorprendido; después subió a bordo de aquel navío que tan poco me gustaba y desapareció en sus entrañas. Le envidié, vaya que si le envidié. Era todo un experto en máquinas de vapor y, por supuesto, más afortunado que yo, que me encontraba entre la cantidad de desocupados que pululaban por los muelles, aceptando cualquier cosa con tal de trabajar. Me daba igual el día que la hora. Podía estar hasta tarde esperando el amarre de un barco que tenía previsto entrar en el puerto, como limpiar la broma del pantoque; bajar a las inmundas sentinas, donde hoy no lo haría en aquellas condiciones, ni por todo el oro del mundo; que picando la sal adherida de las calderas. Aunque cada trabajo se pagaba a un precio distinto, me agarraba a lo que me ofrecieran por poco que fuese. Al final de la semana, si ésta se había dado bien, las palmas de las manos encallecidas y agrietadas, y los nudillos llenos de rasponazos y heridas habían merecido la pena.

Prefería trabajar y ganar el dinero como se debe ganar: es decir, honradamente; antes que ir a robar por las noches, en los barcos que atracaban, mercancía que luego se vendía a mitad de su valor entre gente sin escrúpulos. Sin embargo, no siempre se presentaba la oportunidad de hacerlo, de modo que hube de andar al raque como si fuese un animal carroñero, aprovechándome de la desgracia ajena. En tales casos me sometía contra mi voluntad a las duras condiciones de un fulano, que ponía la embarcación y salíamos a la mar a lo que encontrásemos. Éste individuo, como era presumible, se llevaba la mayor parte del beneficio, sin que nosotros, los que nos exponíamos, pudiéramos hacer nada. Ante todo el mundo era un hombre de negocios respetable, pues suministraba a los barcos efectos navales y vituallas; pero no perdía por eso la oportunidad de traficar con todo aquello que le dejase alguna ganancia.

Desde que entablé relación con el mecánico, contaba con la ventaja añadida de que algunas veces me llevaba de ayudante suyo o, me buscaba ocupación en el barco que estuviese reparando. Manejaba mucho dinero; pero lo mismo que lo ganaba lo gastaba. No le daba ninguna importancia, ni se preocupaba en amasarlo. Un día, estando los dos en la taberna cercana al puerto, que ya no existe, me propuso irnos juntos a navegar. Citó, por lo menos, media docena de navieras, que solían requerir sus servicios, las cuales le habían hecho ofertas serias en ese sentido. Algunos de sus barcos yo mismo los había visto atracar en el muelle con frecuencia, y todavía aún hoy los recuerdo por su nombre: El Expe, el Watemberg, el Banka, el Walti, el Regeja, el Boekelo, el Zelmabe, etc. Todos ellos eran pequeños barquitos holandeses con bandera del III Reich, de no más de trescientas toneladas de desplazamiento bruto, que venían a cargar mineral de hierro, para abastecer las siderurgias que hacían posible el funcionamiento de la maquinaria de guerra alemana.

Se me quedó mirando con una mueca de muda interrogación, como esperando una respuesta por mi parte. Naturalmente, pensé que hablaba por hablar. Tenía algo de fanfarrón y lo mismo podía estar burlándose de mí. Era tan desconcertante, que en él, todo era posible. Pero estaba demasiado sobrio a aquella hora de la tarde para que se le soltara la lengua sin causa aparente. Solía beber y no con moderación, precisamente. Insistió, sin embargo, en que llevaba dándole vueltas en la cabeza mucho tiempo, y que si no se había decidido antes, era porque le molestaba embarcar solo. Antes de que pudiese articular palabra alguna, me juró solemnemente, como suelen hacerlo los hombres desesperados cuando les falta convicción, que nunca había hablado más en serio que en ese momento.

Su excitación aumentaba conforme observaba mi creciente desinterés. Con frecuentes manotazos sobre la mesa, que atraían la atención de los demás parroquianos hacia nosotros, se esforzaba una y otra vez en hacerme comprender las ventajas que nos

reportaría embarcarnos: trabajo, comida, una litera y buena paga. ¿En qué lugar de tierra firme podía soñar con eso?

De pronto estalló enfurecido:

-¡Vamos, no disimules! ¿Pensabas que no lo sabía? El mundo es muy pequeño y las noticias vuelan. Te gusta entenderte con ése granuja, ¿no es cierto? ...Pues allá tú.

-Te aseguro que me gusta menos que a ti –dije.

Él me miró como si fuera, en ese momento, a saltar sobre mí y dijo de forma airada:

-Pues entonces, hazme caso y mándale a hacer gárgaras.

Me estaba poniendo en un aprieto.

-Sabes muy bien que no puedo hacerlo.

-¿Por qué?

-Porque de vez en cuando me proporciona algún trabajo.

-Sí, ya sé qué clase de trabajos –respondió él despectivo.

-Piensa lo que quieras –contesté yo.

-Eso dicen todos, y ¿sabes por qué?... porque robar cuesta menos esfuerzo que trabajar. Sólo hay que probar una vez y... ¡zas! Se engancha uno al carro de la vida fácil. –Apuró el vaso de aguardiente de un trago y se relamió los labios como un gato-. Pero tarde o temprano, terminarán pillándole y él te acusará a ti para salvar su maldito pellejo. Conozco a esos gusanos. Jamás caen solos. Siempre arrastran con ellos a los incautos.

-Yo nunca he robado.

-Pero acabarás haciéndolo y, si no, al tiempo.

Súbitamente comprendí que estaba tratando de herirme. Mi negativa a embarcarme con él le había molestado, y estaba dispuesto a vengarse como fuera.

-Quizá no haga falta –respondí.

-Cuando menos te lo esperes estarás alijando. ¡Fíjate en mí! Gano dinero, ¿no es cierto? ¿Y, cómo te crees que lo gano?... Trabajando, trabajando duramente con éstas manos. Hacen falta agallas para bajar allí abajo...o, es que se te ha metido por los ojos alguna de esas chicas estúpidas que los domingos se dejan caer como mosquitas muertas por el baile. Ándate con cuidado. Esas saben lo que buscan. Una vez que cazan a un tonto no le dejan escapar, y lo encadenan sin compasión como a un esclavo... ¿Sabes una cosa? En el fondo, no te creo capaz de liarte la manta a la cabeza. Eres demasiado parado.

Bebió otro trago de aguardiente, carraspeó para aclararse la garganta y continuó con su perorata. Al cabo de una hora empezó a ponerse sensiblero. La lengua se le trabucaba, y lo que poco antes habían sido amistosas proposiciones, se convirtieron en ásperos reproches. Me echó en cara mi supuesta cobardía, y hasta llegó a decir que se avergonzaba de tenerme por un amigo. Traté de que no continuara bebiendo, porque para entonces ya estaba completamente borracho. De modo que hice señas al tabernero para que no le sirviera más aguardiente, a pesar de sus protestas, y le arrastré como pude a la calle, con la vana esperanza de que se despejara un poco con el fresco de la noche.

Caminamos un buen trecho cogidos del brazo como dos infelices. Los transeúntes se quedaban mirándonos; unos pocos con lástima, la mayoría con abierto desprecio. Nuestro vacilante paso no permitía distinguir quién de los dos iba peor. Pesaba como un plomo, pese a que su constitución era más bien delgada, pero era alto y eso explicaba el que fuese tan pesado. Entonces, una sirena rasgó el silencio de la noche cerrada. Se percibía distante todavía, pero éste incidente pareció reanimarle. Lenta y perezosamente alzo la cabeza, tratando de divisar el barco del que procedía ésta. Mientras, en el agua negra y ondulante se reflejaban las luces de los boteros que seguían con su ir y venir incesante de una orilla a otra.

La sirena volvió a sonar más cerca.

-¡Un barco fantasma! –renegó enfadado.

Aún le quedaban ganas de desafiarme a cruzar a nado el estuario, cuando nos sentamos en un saliente del dique. Por aquel entonces, todavía estaba limpio y había pesca en abundancia. Recuerdo que de niño solíamos ir a las boyas, ignorando el peligro que se cernía sobre nosotros si llegábamos a enredarnos en las cadenas de sujeción que descendían hasta el fondo, y cubríamos los largos de unas a otras, jugando a que éramos náufragos abandonados en islas desiertas.

Había caído en una especie de sopor letárgico. Daba pena verle en tan lamentable estado. Entonces fue cuando me di cuenta en lo poco que le conocía. Era como estar ante la mitad de un hombre. Sabía exactamente de él lo que le interesaba a él que supiera. Cómo no admitir que me sorprendía: en ocasiones tan generoso, en otras tan distante. Le debía mucho y le estaba sinceramente agradecido. Tal vez fuese esa relativa dependencia lo que me molestaba.

Para entonces ya se estaba haciendo tarde y juzgué que ya era hora de irnos. Al día siguiente tenía que madrugar. Una bodega me esperaba para limpiarla. Fui a ayudarle a ponerse en pie cuando me preguntó:

-¿Adónde vamos?

-A casa –le dije.

-Yo no tengo casa –contestó, lanzándome a la cara un apestoso aliento a alcohol.

Razón no le faltaba porque vivía en una pensión.

Al fondo del estuario, doblando un recodo, apareció una escafa oscura pero bien delimitada. Por increíble que pareciese, antes de que yo cayera en cuenta, él la había avistado.

-Espera –dijo tambaleándose-. Quiero verle pasar.

Cedí una vez más a ese nuevo capricho suyo, consciente de que en su estado, no podía dejarle solo. En un descuido se hubiera ido al agua. Habría chapoteado como un endemoniado, para terminar ahogándose. Puesto que de los dos yo era el más sobrio, me creí responsable de que no le ocurriese nada.

Conforme se acercaba crecía su nerviosismo y mascullaba entre dientes, como si esperase descubrir algo aún desconocido que su pasión por los barcos no le había revelado hasta entonces. Entrecortando la respiración disfrutaba con intenso placer atisbando la entrada del navío. Se aferraba a mi brazo y lo apretaba con fuerza, a medida que el zumbido de los remolcadores a proa y popa que le conducían dócilmente preservándole de un surgidero imprevisto, se oían con mayor intensidad. Lo que en la lejanía no era más que una sombra oscura que se deslizaba suavemente en la noche, despidiendo un suave resplandor a través de sus portillas, ronceaba poco después frente a nosotros. Alguien se movía alrededor del molinete en el castillo de proa. Seguramente, el proel encargado de filar en caso de que la maniobra de remolque se complicara, mientras un segundo tripulante se dirigía a popa cubriendo el pasamano, en la cubierta desierta cortada por los caperoles. La estela que dejaba en el agua nos llegaba en ondas debilitadas, sin fuerza para salpicarnos, al romper contra el dique. Los pequeños botes sujetos a un entramado de amarras, quedaron balanceándose cuando nos fuimos.

-¡Bah! –exclamó en tono despectivo-. No era más que un tirado.

En la jerga de la mar, se entendía por ese término, a un navío de mucha eslora y poca altura de casco.

Sabía lo que me esperaba. Hasta que no lograra acostarle me daría la tabarra, como si se propusiera pagarla conmigo. A medio camino nos detuvimos para tomar un poco de aliento. Me sentía cansado y mal dispuesto para subir al último piso, donde estaba la pensión en la que vivía. No era la primera vez que debía llevarle después de una de sus

habituales borracheras. Menos mal que no tenía un beber faltón. Se volvía tan inofensivo que resultaba fácil manejarle. Pero esa noche había sido distinta de todas las demás y me urgía dejarle metido en la cama.

Unos minutos más tarde entramos dando trompicones en el portal y empezamos a ascender, peldaño a peldaño, por la estrecha escalera de caracol, cuya deficiente iluminación apenas alcanzaba a una bombilla por piso de pocos vatios. El torrente de locuacidad que había derrochado durante toda la tarde-noche se le había secado, y vencido por la borrachera se había convertido en un peso muerto. El peligro más que rodar escaleras abajo, consistía en no precipitarnos por el hueco de ésta que se abría a mi izquierda, como un pozo sin fondo. Los balaustres de la barandilla se movían, como si fueran a desencajarse al menor traspies. A cada crujido de la madera, yo procuraba, no sin hacer un enorme esfuerzo, mantenerle pegado contra el revoque de la pared, consciente de que un movimiento en falso podía sernos fatal a los dos. A ratos se le escapaba algún gruñido, como si despertase de un morboso adormecimiento, molesto por pedirle un poco de colaboración por su parte.

Cuando por fin llegamos al último piso, suspiré aliviado. Me sentía cansado y a la vez contento de contemplar a través de la claraboya practicada en el techo de la escalera, un cielo raso casi al alcance de la mano, moteado de estrellas, que desde abajo parecía muy lejano. Como si estuviera esperándonos, nos abrió la puerta la patrona, una mujer comprensiva que bastante hacía tolerando su comportamiento. Era viuda de un fogonero y poseía una rara paciencia en el trato con huéspedes indeseables. Nunca hacía el menor reproche, simplemente se limitaba a cumplir con el ingrato papel que la vida le había asignado. Jamás alzaba la voz, ni torcía el gesto de modo que evidenciase un improbable desagrado. Otra con menos miramientos le habría echado de la pensión a patadas a las primeras de cambio, pero ella no era de esas. Intenté descubrir un mohín que delatase el perfecto autodomínio que ejercía sobre si misma, sin conseguirlo.

De pie, junto al marco de la puerta, daba la impresión de estar aguardando sin un ápice de enojo, a que de una vez por todas, me decidiera a entrar acarreado aquella ruina humana. La expresión amistosa reflejada en su apacible rostro, alejó de mí cualquier signo de desconfianza. Franqueándonos el paso, nos precedió imperturbable por el angosto pasillo que conducía hasta el cuarto alquilado.

Estaba amueblado con lo indispensable: una cama, la mesilla, un armario ropero y una silla cuyo tapizado revelaba el transcurso inexorable del tiempo. En el suelo había una sencilla alfombra apelmazada, pero limpia. En conjunto, los muebles eran viejos, pero cuidados con esmero, parecían aún en buen uso. La habitación daba al norte, lo que tal vez explicaba que en el invierno el azote de la intemperie la hiciera tan fría. En cambio, ofrecía la ventaja de poder disfrutar de una amplia vista del estuario y de los muelles. Había, sin embargo, algo desagradable flotando en el ambiente debido a la humedad: el olor acre procedente de sus paredes enjalbegadas, que pese a la ventilación, no desaparecía en ninguna época del año.

Le metí en la cama como a un niño travieso -con la lamentable salvedad de que él ya no era un niño-; sin importarme demasiado sus desvaríos, que comenzaban a manifestarse siempre que me iba. No creí que fuese temor a quedarse solo lo que sentía, aunque el alcohol estuviese obrando sus efectos. Como pude me despedí de aquella santa mujer, que tal vez por imperativos de la necesidad, tenía que aguantar lo que no la agradaba. En lo que a mí concernía, soportaba una mezcla de vergüenza y rabia contenida difícil de explicar. Aunque lo deseara, no estaba en condiciones de ofrecerle un disculpa medianamente convincente. La decencia y el decoro suelen olvidarse a menudo, desplazados por hábitos más que censurables. Hasta esa noche, no había sido consciente de cuán bajo puede caer un hombre, que no sabe poner freno a sus vicios.

Salí a la calle confuso y asqueado, pero con la firme determinación de no darle más vueltas al penoso incidente que se repetía invariablemente todas las semanas. Ya no tenía prisa por regresar a casa. Me sentía insomne, de modo que podía estar deambulando todo el tiempo que quisiera. Si me cogía de amanecida iría directamente al varadero.

Dejándome arrastrar por el hastío me acerqué hasta el embarcadero. A esa hora estaba desierto. Los boteros habían terminado el servicio pasando a los obreros rezagados que salían de las fábricas del turno de tarde. Pero no duraría mucho su inactividad. Antes de que el rosicler arrebolara la aurora, encenderían los fanales, fijarían los remos a los toletes y sobre la bancaza, hundiéndolos en el agua, derivarían a la búsqueda de los más madrugadores del turno de mañana. Su duro oficio los había condenado a remar como esforzados galeotes.

Diestros con el bichero cazaban la argolla de embarcadero que más les conviniera, halando con fuerza en la maniobra de aproximación, hasta que el costado del bote pegado a los escalones permitiera al pasajero saltar a tierra con seguridad. Se concedían tan pocos momentos de descanso, que con frecuencia, sus mujeres o alguno de sus hijos, habían de llevarles la comida a bordo. Tanto si el tiempo les era propicio, como si les resultaba adverso; si llovía, como si quemaba el sol; si se levantaba el viento, como si había encalmada, en el estuario transcurría la mayor parte de su existencia.

Inclinado sobre la barandilla de hierro al borde del embarcadero, en la posición equívoca de los suicidas potenciales, meditaba sin demasiada esperanza en el medio de hallar una salida airosa de un problema absurdo. Si había pretendido herirme, lo había conseguido. Lo que tenía delante de mi vista tampoco ayudaba mucho que se dijera. El estuario no era más que una sucesión de sombras informes, en el que los cascos de los barcos atracados apenas si se distinguían. Sólo los mástiles, guindastes y chimeneas que descollaban hacia el cielo, ofrecían algo verosímil. Todo lo demás se me antojaba sacado de una realidad engañosa, capaz de intimidar al más valiente de los hombres. Debajo, en el fondo, se escondía el cieno legamoso, cual trampa movediza, por el que las gaviotas con la marea baja se movían torpemente buscando entre la basura comida.

Con la entrante subida, una espesa niebla había descendido hasta posarse a ras del agua. A medida que el banco avanzaba estuario adentro, iba borrando cuanto encontraba a su paso. En la otra orilla, un tramo del muelle había desaparecido, y con él, la mayoría de las grúas. A algunos de los buques los había partido por la mitad, y resultaba imposible imaginárselos como verdaderamente eran. Esa noche había niebla suficiente para camuflar una flota entera. Pero a falta de una flota, lo fondeado, más una draga parada con los cubos en sucesión, un carcamán que esperaba el desguace y un par de chatas gabarras a tiro de piedra, era todo lo que había. Las luces de las farolas difuminadas y amarillentas hacían más triste la noche.

No sé cuanto tiempo permanecí solo allí, de pie, mirando el agua negra y ondulante que batía contra el dique. Cuando me cansé me fui a casa, donde estaría esperándome una cena fría, que mi hermana habría dejado encima de la mesa de la cocina, antes de acostarse. Normalmente solía esperarme levantada para hacerme algunas de sus habituales reconvenciones, a las que me tenía ya acostumbrado, sobre la clase de amistades poco recomendables con las que me relacionaba. Sabía que sentía una profunda antipatía por el mecánico, la cual no se cuidaba en ocultar; pero él al menos había encontrado su barco en una botella, aunque, allí permanecería encerrado para siempre, mientras siguiera siendo esclavo del aguardiente.